

« estimacion y el aplauso de los hombres, y para « meter ruido en el mundo: » *Omnia vero opera sua faciunt, ut rideantur ab hominibus.* Hasta aquí la pintura que hace el Salvador del hombre interior, estos, del corazon y del espíritu de aquellos predicadores, que son los ménos malos. Atienda Vmd. ahora como los pinta en su exterior, cuando se presentan en la calle. « Déjanse ver, dice, con unos hábitos muy anchos y muy campanudos. No contentos de traer- « los muy cumplidos, ellos mismos hacen ostentacion « de sus ensanches y de sus superfluidades, conto- « neándose con pomposa vanidad, y llamando la aten- « cion de sus hinchados movimientos. En todas las « concurrencias pretenden sin disimulo el asiento más « distinguido y más autorizado; y con igual satisfac- « cion se declaran pretendientes de los primeros púl- « pitos y de los primeros sermones. Gustan mucho, « de que todos los que los encuentren, los saluden « con el más profundo respeto, haciéndoles la cortesía « hasta el suelo: y rabian, porque los traten de pa- « dres maestros todos los que hablen con ellos. » *Dilatant philacteria sua, et magnificent simbrias; amant autem primos recubitus in cœnis, et primas cathedras in Synagogis, et salutationes in foro, et vocari ab omnibus RABI.* ¿Qué le parece á Vmd. de la pinturilla, señor Penitente? ¿No ha visto por esos púlpitos de Dios, millares de millares de originales, á quienes se parece vivamente este retrato? Y dígame Vmd. en puridad: ¿hay en todo el Gerundio cosa que se le parezca? Ea pues, confiese Vmd. de buena fé, ó que no es sátira la *Historia de Fray Gerundio*, ó que si lo fuere, lo será solo por usarse de aquel

estilo picante, vivo y natural, que canonizó con su ejemplo el mismo Jesucristo.

Con esto apenas tenemos que detenernos en el argumento, que hace Vmd., tomándolo del ejemplo de los Santos Padres. Hace lástima contestar á Vmd. en este punto; porque hombre que dá á entender sobradamente, que es del número de aquellos predicadores, de quienes habla el P. M. F. Gabriel de Morales, en el cap. 2.º de su *Residencia general*, á todos los predicadores, impreso recientemente en Madrid con un prólogo donoso, que vale un Potosí: un hombre, vuelvo á decir, que ni gramaticalmente sabe explicar la Doctrina Cristiana, como queda convencido en la construccion del *dehui* por *potui*: un hombre, que dá tantas señas de ser de aquellos, que en muchos años, que siguieron el púlpito, predicando en muchas ciudades de estos reinos; no solo no vieron la Biblia sagrada, pero ni la tuvieron, como casi lo demuestra la ignorancia lastimosa de los lugares más sabidos de ella, que se acaban de explicar ó exponer: en una palabra, un hombre que no ha leído la Biblia, ¿cómo ha de haber leído á los Santos Padres, ni cómo puede saber lo que estos escribieron?

¿Con qué los Santos Padres no se valieron de la sátira para remediar al mundo? ¡Pobre criatura, y qué atrasada está de noticias! No hablemos de Santo Tomás ni de San Buenaventura, de quienes ya le hemos dicho lo que basta. ¿Ha leído Vmd. alguna vez las obras del máximo doctor San Jerónimo? ¡Qué ha de haber leído! Solo tiene noticia de que hubo un santo que se llamaba así, y que es doctor, y que escribió muchas cosas. Pues mire, Padre ó lo que fuere:

ha de saber que todos casi los que hacen crisis de las obras de este máximo doctor, notan en su estilo el carácter de satírico, esto es, de acre, de penetrante y de lleno de pimienta. Y advierto, que no se lo notan por defecto, ni mucho ménos por pecado mortal; sino por distintivo, ó por génio de su pluma. Sería menester trasladar casi todo lo que escribió el Santo, si pretendiera justificar esta crítica con todas sus pruebas. Por ahora bástame este echantillon ó esta muestra. Habla en la *Epistola á Neopociano*, de la vida de los Clérigos y de los Monjes; y dice este par de venialidades: *Nonnulli sunt ditiores Monachi, quàm fuerant seculares; et Clerici qui possideant opes sub Christo paupere, quas sub locuplete et fallace diabolo non habuerant; ut suspiret eos Ecclesia divites, quos mundus contempsit antea mendicos.* « Hay algunos que son más ricos cuando Monjes, que lo fueron cuando seculares; y Clérigos hay que afectando ó profesando seguir á Cristo pobre, poseen más riquezas que cuando seguian las banderas del diablo falaz y poderoso. De suerte que la Iglesia llora opulentos, á los que el siglo despreciaba ántes mendigos.» ¡Ay, es un grano de anís la clausulilla! Vaya otra. *¡Pudet dicere! Sacerdotes Idolorum, Mimi et Aurige et scorta hæreditates capiunt; solis Clericis et Monachis hoc lege prohibetur; et prohibetür non à persecutoribus, sed à Principibus Christianis: Nec de lege conqueror, sed doleo cur meruimus hanc legem. Cauterium bonum est; sed quod mihi vulnus, ut indigeam cauterio?* « ¡Vergüenza me da el decirlo! Los Sacerdotes de los Ídolos, los farsantes, los cocheros y hasta las mujeres pueden heredar; y solamente no

« pueden heredar los Sacerdotes y los Monjes; por-
 « que solo á ellos les está prohibido por la ley; y
 « prohibido, no ya por los Emperadores que persi-
 « guieron la Iglesia, sino por los mismos Príncipes
 « cristianos. No me quejo de la ley: lastímome del
 « motivo, que hemos dado para ella. El cauterio
 « bueno es; ¿pero á qué fin hemos de hacernos con
 « nuestra propia mano una herida, que necesite de
 « cauterio?» Ahora bien, señor mio, no hubiera copiado estos lugares, ó los hubiera dejado en latin, para que no los entendiesen tantos, si Vmd. con su imprudencia, no me hubiera precisado á ello. *Factus sum insipiens, vos me coëgistis.* ¿Y qué me dirá Vmd. del melifluo P. San Bernardo? ¿Párecele á Vmd. que gasta más azúcar, ó más almibar con los malos Sacerdotes, cuando es caso de reprenderlos? Pues no tiene Vmd. más que leer ese libro de *Sacerdotis dignitate*, que no es largo: porque solo se compone de siete capítulos breves, pero bien cargados de pimienta que es un gusto como pica. Y si Vmd. quiere ahorrar el trabajo de leerlos todos, lea no más que el séptimo; y por él conocerá, lo primero, como aprieta la mano en los otros seis; y lo segundo, como pronosticó el santo doctor, que le habia de suceder con aquel librito, lo mismo á la letra que está sucediendo al autor de *Fray Gerundio* con el que Vmd. llama libelo. *Et quamquàm se jam pro hoc libello purimos Sacerdotes, qui hæc quæ loquimur agere nolunt, infideliter esse detracturos, sed sicut lacerationibus obtreclationum minimè pergravamur: sic demùm probatorum et Sanctorum virorum oratioribus adjuvamur.* « Y aunque sé muy bien, dice el melifluo Padre, que

« me han de cargar de dicterios y de murmuraciones,
 « con ocasion de este librito, muchos Sacerdotes que
 « no quieren practicar lo que en él les digo; tambien
 « creo, que otros muchos, que ó lo practican ya, ó
 « desean practicarlo, me han de llenar de bendicio-
 « nes: con la diferencia, que los dicterios con que los
 « malos piensan despedazarme, no me hacen daño
 « alguno: y las oraciones con que los buenos me
 « ayudan, me hacen grandísimo provecho.»

¿Ea, qué me dice Vmd.? ¿No piensa en su ánima jurada, que este lugarcito de San Bernardo viene de perlas al libro de *Fray Gerundio* y á su autor? Yo conozco mucho á mi bellaco: es hombre de un bozo sin igual en ciertas materias. Aunque le han cargado á metralla de los dicterios más furiosos, no le han hecho la menor mella. Sé que está con una fresca, que es un contento. ¿Qué digo con una fresca? Ninguno se ha divertido más que él mismo con los papelones, que se han escrito contra él; especialmente con el de Vmd. se ha holgado á satisfaccion. Y en todo caso se atiende á las oraciones, que muchas almas piadosas y celosas han ofrecido á Dios, pidiéndole que le dé vida hasta desterrar del púlpito las malas sabbandijas.

¿Se imaginará Vmd., por ventura, que el tercer doctor de la Iglesia San Gregorio el Grande, se anduvo con melindres, cuando trató de corregir á los malos Predicadores? Toda la tercera parte de su pastoral, la gastó en esta importantísima materia. Da principio con treinta y seis *Avisos* ó *Advertencias*, que deben tener presentes, para mudar el método de la curacion, segun fueren diversas las enfermedades

del alma, ó segun predominaren los humores de los enfermos. Vaya sin metáfora: enséñales, que de un modo han de reprender á unos, y de otro modo á otros. Y en la *Advertencia* nona dice así: *Aliter admonendi sunt protervi, atque aliter pusillanimes: tunc enim protervos melius corrigimus, cum ea quæ benè egisse se credunt, malè acta monstramus, ut undè adempta creditur gloria, indè utilis subsequatur confusio.* « Para corregir á los protervos, no hay mejor
 « medio, que ponerles delante sus disparates; hacién-
 « doles visible, que fueron despropósitos los que ellos
 « imaginaban aciertos; y tratándolos de manera, que
 « su necia vanidad se convierta en saludable confu-
 « sion, y en provecho su vergüenza.» No ha pretendido otra cosa el autor de *Fray Gerundio*. Y apuesto yo dos cuartos, á que tuvo muy presente esta *Advertencia*, cuando se resolvió á dar á luz su necesarísima obra. Pero apuesto yo, á que no se acordó de ella el autor del donoso Prólogo á la novísima edicion de la *Visita general de todos los Predicadores*, cuando se dejó caer tantas lindezas al sormomujo, ó al desgaito, contra la *Historia de Fray Gerundio*. Si la hubiera tenido presente, no hubiera seguramente dejado caer aquella pullita de que: « En la visita general, se ve-
 « rán residenciados los Predicadores, con la seriedad
 « que corresponde al estado del que hace la correc-
 « cion, y á la gravedad y dignidad del alto ministerio
 « de que abusan los Predicadores relajados.» Ni la otra de que: « El mal de estos veráse reprendido con
 « una generalidad caritativa; que al mismo tiempo
 « con la mayor acrimonia y violencia, declama con-
 « tra el vicio. Jamás, ni aún indirectamente, toca á

« individuo alguno, para sacarlo al teatro como reo; como quien sabe bien, que el modo más prudente y saludable de corregir, ha de ser sin irritar. » Ni la otra de más allá: « Que en toda la *Visita*, no se leerá una línea, que no sea dirigida al santo fin que se propone, sin extraviarse á otros asuntos muy loables de su loable objeto. » Sea todo así, le diría yo. ¿Pero si despues de cien años, que se hizo esta *Visita* tan séria, tan general, tan caritativa, tan acre, tan valiente como en realidad lo es, los visitados y los residenciados se han hecho más protervos, los hemos de dejar abandonados? ¿Y hemos de abandonar la causa de Dios, del Evangelio y de las almas.? ¿No llegó el caso de aplicar á la correccion de los protervos la correccion de San Gregorio, poniéndoles á la vista sus disparates y sus locuras, para que se corran, se avergüencen y se confundan?

Pero esto habia de ser, replicará Vmd., con el autor del Prólogo, sin tocar ni aún indirectamente á individuo alguno para sacarlo al teatro como reo. Tenga Vmd., señor mio, que San Gregorio nos previene todo lo contrario en las palabras que se siguen inmediatamente. « Antes bien, (añade el Santo), cuando se ve que nada aprovecha, y que léjos de corregir su proterva obstinacion, ni siquiera la conocen, convendrá echar por el atajo; y escogiendo algunos ejemplares de aquellos que más visiblemente han delinquido, sacudirles bien la liendre en cabeza de estos; para que en la burla de estos conozcan los otros la que se hace de ellos: y convencidos de que no pueden defender los desaciertos agenos, ó se enmienden ó adviertan á lo ménos, que incurren

« en los propios. » *Nonnumquàm vero, cum se vitium protervia minimè perpetrare cognoscunt, compendiosè ad correctionem veniunt, si alterius culpæ manifestioris, et exaltare requisitæ, improprio confundantur; ut ex eo quod defendere nequeunt cognoscant, se tenere improbè quod defendunt.* ¡ Oh Señor! ¡ qué el modo más prudente de corregir, ha de ser sin irritar! Distingo; cuando se puede hacer así con probable esperanza de la enmienda, no hay duda; cuando la experiencia de tantos siglos, y especialmente la de este último, despues que se publicó la admirable *Visita general*, quita toda esperanza prudente de la correccion, sin remedios irritantes; niégolo á piés juntos. Si los médicos pueden curar sin cauterios ni ventosas sajadadas, deben hacerlo: cuando no hay esperanza de que el enfermo sane sino con estos remedios, (*cauterium bonum est*), deben no omitirlos; y si el doliente chillare, que tenga paciencia.

¿Y qué me dice Vmd. del cuarto doctor de la Iglesia San Agustin? Nunca usó este Santo del estilo satírico, mordicante, corrosivo, para corregir los desórdenes, y para correr y avergonzar y hacer ridículos á los enemigos de la Iglesia, por el prudente temor de irritarlos más, en vez de persuadirlos á la enmienda? Buen hombre será Vmd., si está en este concepto. Mire, Señor, un buen tomo de á folio se puede componer de los libros, tratados y cartas del Santo Doctor, que están en este gusto. Por ahora me contentaré con dar á Vmd. noticia de una obrita suya, tan idéntica con el punto de que vamos tratando, que no hay más que pedir. Viendo Agustino, que no alcanzaban, para reprimir á los Donatistas, todos los

medios serios, graves y fuertes, de que se habia valido en sus cartas, tratados y libros, sermones y disputas; por fin y postre, echó mano de lo mismo á que recurrió el autor de *Fray Gerundio*; y por el mismo motivo. Compuso pues una sátira, que intituló *Salmo contra los Donatistas*, en cierta especie de tiempo, ó de cadencia leonina, observada en la mayor parte de los versículos con un hipposalmo: esto es, con su estribillo y todo, para que lo cantasen los niños por las calles, las mozas de cántaro, cuando iban por agua, y las lavanderas al son de la piedra, y de la tabla: en una palabra, para que los disparates de la Religion, llegasen á noticia del ínfimo vulgo, y así se hiciesen risibles. Oiga Vmd. al Santo en el libro I de sus *Retractationes*, cap. 20, cuyas palabras pone el colector de la obra por epígrafe del salmo: *Volens etiám causam Donatistarum ad ipsius humillimi vulgi, et omnino imperitorum et idiotarum notitiam pervenire, et eorum, quantum fieri potest per nos, inhærecere memoriæ; Psalmum qui ab eis cantaretur, per tatinas litteras feci.* No parece sino que los números 34, 35, 36, 37 y 38 del famoso *Prólogo con Morrion*, que está en la frente de la *Historia de Fray Gerundio*, fueron glosa ó comentario de estas palabras del águila de los Doctores: léalas Vmd. con devocion y sin preocupacion; y no volverá á quebrarnos la cabeza con la tediosa cantinela de que estas materias se deben tratar con gravedad, con generalidad, sin herir ni sacar sangre.

Pero vamos adelante con el gracioso salmo de San Agustin. Estaba tentado por copiarlo todo aquí, traduciéendolo despues en verso castellano; á fin de

que entendiése Vmd. y otros latinos como Vmd., sus chistes, gracias y pullas; diciéndome despues si son comparables con ellas las pullas, gracias y chistes de Fray Gerundio. Pero es obra larga, y todavía tenemos los dos muchísimo que hablar. Contentaréme con trasladar no más que algunos rasgos para prueba. El estribillo es este: *Omnes qui gaudetis de pace, modo verum judicate*: «Los amantes de la paz, juzgad quien dice verdad.» La introduccion tomada de la parábola de la red echada al mar, se reduce á decir que el mundo es el mar; los peces son los hombres malos y buenos; la Iglesia es la red; el fin del mundo es la orilla ó la ribera de la mar. Y suponiendo que muchos peces entraron en la red de la Iglesia y la rompieron y se escaparon al mar, pregunta el Santo, *Bonus auditor fortassè quærit qui ruperunt retem?* Y responde:

*Homines multum superbi, qui justos se dicunt esse,
Sic fecerunt scissuram, et altare contra altare;
Diabolo se tradiderunt, cum pugnant de traditione;
Et crimen quod commiserunt, in alios volunt transferre.
Ipsi tradiderunt libros, et nos audent accusare;
Ut pejus committant scelus, quam commiserunt antè.*

Vaya en romance, para que Vmd. no se quede en ayunas:

Preguntarán acaso,
¿Quiénes, rota la red, abrieron paso?
Unos hombres soberbios y orgullosos:
Verdad es, que en su boca son piadosos.
Estos, la santa red despedazada,
Al altar hacen guerra declarada;
Y cuando niegan nuestras tradiciones,
Intentan defender sus traiciones.

Siendo todos artifices peritos,
De imputar á los otros sus delitos.
Prodigiosa invencion de sus errores,
Estos los reos ser, y acusadores.

Prosigue el Santo:

*¡Custos noster, Deus magne? tu nos potes liberare
A Pseudo-Profetis, qui nos quarunt decorare;
Maledictum cor lupinum contegunt oxinâ pelle.
Qui non noverunt Scripturas, hos solent circumvenire:
Audiunt enim traditores, et nesciunt quod gestum est antè:
Quibus si dicas, probate, non habent quid respondere:
Suis se dicunt credidisse: dico ego, mentitos esse:
Quia et nos credimus nostris, qui eos dicunt tradidisse.
¡Vis nosse, qui dicunt falsum? Qui non sunt in unitate.*

En castellano, para lo dicho:

¡Oh gran Dios! solo tú puedes librarnos
De estos, que tiran á despedazarnos,
Con capa de profetas verdaderos;
Pero en el fondo grandes embusteros.
La piel de oveja, ó manso corderito,
El corazón de lobo muy maldito.
Es verdad, que podrán solo hacer daño
En los más inocentes del rebaño,
En los que nada saben de Escritura;
Los demás ya conocen su locura.
Précianse de saber antigüedades,
Sin saber lo que pasa en las ciudades.
Mándales tú probar sus desaciertos,
Y los verás callar como unos muertos.
Con los suyos dicen, que consienten,
Y yo les digo, que los suyos mienten;
Porque los nuestros dicen lo contrario:
Y es modo estafalario,
Al buscar la verdad hombres machuchos,
Separarse los pocos de los muchos.

Habla despues de Botrio y de Celestio, sediciosos
Obispos de Numidia, y enemigos declarados de Ceci-
liano, Obispo de Cartago; á quien injusta y tiránica-
mente depusieron, con pretexto de que no estaba le-
gitimamente consagrado; y los pinta de esta manera:

*Erant Botrius et Cælestius hostes Ceciliano valde,
Impii, fures, superbi, de quibus longum est referre.
Fecerunt quod voluerunt tunc in illa cæcitate:
Non Judices sederunt, non Sacerdotes de more
Quod solent in magnis causis congregati judicare,
Non Accusator et Reus steterunt in quæstione:
Non Testes, non documentum, quo possent crimen probare;
Sed furor, dolus, tumultus, qui regnant in falsitate.
Si malus erat Sacerdos, deponendus erat antè;
Si non poterat deponi, tolerandus intra rete,
Sicut modo toleratis tam multos malos apertè.
Et qui fertis pro furore, feretis unum pro pace.*

En nuestra lengua, para servir á Vmd.

Eran Celestio y Botro,
A cual más enemigos uno y otro
De Ceciliano, obispo de Cartago;
É injuria no les hago,
En tratarlos por sus operaciones,
De impios, de soberbios, y ladrones:
Y cuanto hicieron en su ciego arrojé,
Lo consultaron solo con su antojo.
Por si solos obraron,
Ni con otros conjueces se asociaron,
Como en las causas lo previene
El derecho, y el uso lo mantiene.
No hubo fiscal, ni reo,
Testigos, documentos, ni careo;
Solo el furor, la trampa, y el tumulto,
Hicieron la probanza, y esta á bulto.
Testigos sobornados por la ira,
Cuando quiere probar una mentira,

Si era mal sacerdote Ceciliano,
 Lo habria depuesto antes otra mano:
 Y no habiendo lugar á este remedio
 El tolerarlo fuera el mejor medio,
 Asi como sufris á otros peores.
 Mas vosotros, señores,
 En gracia del partido sedicioso,
 Dejais á mil perversos én reposo:
 Y por la paz no dejais á solo uno.
 ¿Quien dirá que obráis bien? Ninguno.

Basta de coplas, señor Penitente; y sobran estos lugares de los cuatro Doctores de la Iglesia latina, para que entienda Vd. y los demás inocentes como Vd., á quienes ha alucinado con su papelote, que los SS. PP. no pusieron tan mala cara al estilo satírico, como á Vd. le parece; y que echaron mano de él, siempre que hicieron juicio, que lo pedia así la cura del enfermo. Los Padres griegos aplicaron con mayor frecuencia esta medicina, por ser los sarcasmos muy del genio de aquella nacion y de aquella lengua; de cuyos versos mordicantes llamados *Silla*, se gloria la sátira derivar su noble alcurnia. No tiene Vmd. más que abrir á San Basilio, casi en cualquiera parte; y á San Gregorio Nacianceno en sus poesías líricas y cómicas; ó, si le gusta más la sátira en prosa, lea las dos grandes oraciones que escribió contra el Emperador Juliano Apóstata; á las cuales el mismo Santo dió el nombre de *Invectivas*; y encontrará Vmd. con que saciar su apetito. De San Juan Crisóstomo no hablo; á penas encontrará Vmd. una homilia de este ródano de la elocuencia sagrada, en que no se hable, con mil donosas y vivisimas pinturas, de todos los vicios; que no es posible leerlas, sin dar licencia á la risa, para

que salga con toda libertad. Pinta á un borracho, á un jugador, á un cortejante, á una dama en el tocador, á un hipócrita, á un declamador, á un ministro interesado, á un clérigo entremetido, á un monje aseglarado, á un miserable, á un ambicioso; en fin, pinta á todos aquellos cuyos vicios reprehende, con tanta viveza, con tanta propiedad, con tanta gracia que, en mi dictámen, Quevedo fué insulso en sus descripciones, respecto de este gran santo hombre, por otra parte de los más sérios y más circunspectos que ha conocido el mundo.

Y porque no me diga Vmd. que los Santos que se acercan más á nuestros tiempos, no fueron de este parecer, quizá porque les enseñaria la experiencia que la sátira seria más para irritar que para corregir, no le alegaré por ahora otro ejemplo, que el de San Bernardo para su desengaño. ¡San Bernardo! si señor, el suavísimo, el dulcísimo, el melífero Padre San Bernardo, de cuya pluma se dijo que *mel et fel ex æquo fluebat*; que igualmente destilaba miel que hiel. Esta para sacar las manchas profundamente empapadas; y aquella para curar las llagas lijeras ó superficiales, que á penas pasaban el cútis. Diviértase Vmd. en leer sus Cartas, y verá muchas que parecen fabricadas, no con la boca, sino con aguijon de aquella celestial abeja del Clarabal. Pero si Vmd. quiere ahorrar este trabajo, tome no más que el de leer sus libros *de consideratione ad Papam Eugenium*; y habiéndolas leído, dígame amistosamente, si se puede escribir sátira más penetrante, ni tampoco más sangrienta (séame lícito decirlo así) contra toda la Côte de Roma, comenzando por el Papa, y aca-

bando con el más infimo curial? Allí á ninguno se perdona; ni á dignidades, ni á clases, ni á empleos, ni á Tribunales, ni á Clérigos, ni á Monjes. Allí nada se disimula; ni profanidad, ni ostentacion, ni aparato, ni mesas, ni carrozas, ni muebles, ni injusticias, ni cohechos, ni simonias, ni exámenes, ni provisiones. Allí á todos se les residencia; al Papa, á los Cardenales, á los Obispos, á los Embajadores, á los ministros de Estado, á los de Justicia; á los Eclesiásticos, á los Regulares; sin perdonar ni aún á la infima plebe: y todo con tanta caridad, con tanta viveza, con tanta energía, que el buen Papa Eugenio cuasi pidió cuartel al Santo, y oprimido con las reconvenções, hubiera renunciado la Tiara, si el mismo Santo no lo hubiera sostenido.

¿Ea, señor mio, qué me dice Vmd. ahora? ¿Se está todavía en sus trece, de que los SS. PP. no se valieron de la sátira para reformar al mundo? Pues estése, y buen provecho le haga. ¿Pero qué sacamos de esto? ¿Que el uso de la sátira no es lícito? ¡valiente consecuencia! Allá va este entímema. Los SS. PP. no se valieron, ó no usaron del medio de fundar la Religion de los Capuchinos, para reformar al mundo (porque realmente no fueron SS. PP. los que la fundaron); luego la Religion de los Capuchinos no fué lícita. Consulte el argumentillo con su Padre Confesor; y el bufido con que justamente le responderá á Vmd., tén-galo por dado y délo por recibido.

A Dios, amigo, hasta otra que allá irá. Tal dia, tal mes y tal año.

B. L. M. de Vmd. su lo que quisiere.

Quien Vmd. gustare.

Señor Don CUALQUIERA.

CARTA TERCERA.

De aquel mismo para aquel propio.

Muy Señor mio: á las tres vá la vencida, dice el refran; pero no crea Vmd., que yo escribo con esperanza de vencer, ó de convencer á las tres ni á las trescientas. ¿Sabe Vmd. por qué? por este cuento. Argüia un hombre muy hábil á otro muy tonto. Apurólo, estrujólo, hizolo añicos; pero no pudo conseguir, que el otro no hablase más, que una cotorra. Preguntáronle después, ¿cómo habia ido con el argumento? y él respondió, tomando un polvo con vehemencia: «*Tan grandísimo burro es, que no lo he podido convencer.*» Si: andaos á convencer al Penitente del Padre, ni al Padre del Penitente; cuando entre los dos han inventado un nuevo modo de concluir en *bárbara*, que debió de traer de la Canadá cierto amigo, que en años pasados fué echado de allí, desterrado de Francia, expelido de Roma; y se refugió en Holanda (otros dicen en Ginebra), á hacer vida tan penitente, como la del mismo señor mio. Ello es cierto, que si los salvajes de la Canadá no inventaron el modo y la figura del argumento, aquí por lo ménos no teníamos noticia de la una, ni del otro. Óigalo Vuestra Merced por su vida, que es donoso, y lo propone en el número segundo de su papelote, en esta substancia:

«El abusar de los textos de la Sagrada Escritura para hacer reir, es blasfemia: el Gerundio saca del sepulcro del olvido las blasfemias, y las injurias